

Aida Bahr

*¿Quién creó a quién?
La imagen de Dios y
la religiosidad en la
narrativa de José Soler
Puig*

A Dios lo hizo el primero de los Perdomo [...] Entonces los Perdomo no se llamaban Perdomo, que los apellidos no se inventaron hasta muchísimo después, cuando los hombres dejaron de vivir en cuevas y sin lugar fijo [...] En esa época los hombres se llamaban por su costumbre o por su manera de ser o por su aspecto [...] Al primero de los Perdomo le decían el del Bosque, por su mala costumbre de andar entre los árboles [...] una costumbre muy peligrosa porque eran muchos los animales bravos que cazaban hombres para comérselos [...] Y entonces tuvo la ocurrencia de Dios; un ser poderoso y bueno que todo lo viera y que todo lo supiera y que con bondad usara su poder y su vista y su saber para proteger a los hombres contra los animales [...] Pero al principio el primero de los Perdomo no pensó hacer a Dios para que protegiera a todos los hombres: lo primero que pensó fue que Dios lo protegiera a él solo [...] pero como ya en el primero de los Perdomo estaba la pillería que luego iba a tener Felipe, el primero de los Perdomo se dio cuenta de que si los grandes animales no dejaban de comerse a los hombres [...] él terminaría por ser el único hombre en la tierra y entonces qué importaba el secreto de los árboles, ni el conocimiento de

todos los misterios [...] y el primero de los Perdomo se decidió a hacer un Dios para todos los hombres y mujeres, un padre de padres y madres, para que todos fueran sus hijos y que por esa Paternidad todos los hombres se llevaran como hermanos. Y enseguida el primero de los Perdomo supo de qué material habría de hacer a Dios y qué forma darle, como si antes de que lo hiciera, ya Dios hubiera empezado a ayudarlo, como si con solo pensar que iba a hacer a Dios, lo hubiera hecho.¹

De esta forma se inicia la sección conocida por todos como «la fiebre», línea divisoria de los dos tiempos abarcados por esa obra monumental de nuestras letras que es *El pan dormido*. Consta de 23 páginas y es la declaración más explícita y detallada de las ideas de José Soler Puig en torno a la existencia de Dios y el desarrollo de las religiones. Esta abigarrada y divertida pesadilla marca en la novela el fin de la época de la fe (la infancia) y el inicio de la época del conocimiento, o del verdadero aprendizaje, en que los Perdomo, ya adolescentes, deberán enfrentar junto con la familia las vicisitudes impuestas por la realidad histórica.

Cuando escribía ese texto, Soler estaba ya en su madurez como escritor, dueño de las herramientas necesarias para volcar su talento en líneas memorables, pero su temprano ateísmo puede ser rastreado a través de toda su obra, desde los mismos inicios, cuando se esforzaba por dominar la técnica del cuento. En 1958 la revista *Galería* publica «El ciego», que además de inaugurar la selección de narradores inhabituales como una marca literaria de su autor, resulta un agudo emplazamiento a la existencia divina al centrarse en el cuestionamiento de su omnipotencia. Un mendigo ciego y anciano es sometido a crueles maltratos e invoca a Dios en su ayuda. Este contempla la escena, la describe y comenta: «El gozo de los burlones atormentadores era despampanante, mientras cumplían la misión que yo había inducido en sus espíritus»,² antes de condescender en ponerle fin: «Soplé un nuevo deseo sobre los que cumplían mis designios

¹ José Soler Puig: *El pan dormido*, Editorial Arte y Literatura, Ediciones Huracán, La Habana, 1977, pp. 293-296.

² *Todos los cuentos de José Soler Puig*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1999, p. 82. Todas las citas de los cuentos pertenecen a esta edición.

de molestar al viejo, y se dispersaron risueños, satisfechos, pavoneándose, creyendo libre su albedrío». (p. 83) El abandono de los hijos se revela como la falta que así se le hace expiar al mendigo, y ello es clave para entender la visión ofrecida de un Dios vengativo y terrible, que no puede perdonar a los hombres el suplicio de su propio Hijo. Por supuesto que el relato conduce inevitablemente al lector a preguntarse quién es el ciego en el cuento: el mendigo o esa divinidad que «pudiendo» controlarlo todo, se regodea con la contemplación de los males de la humanidad que él mismo «provoca», ¿tal vez porque en realidad no puede hacer otra cosa que fanfarronear? Soler comentaba que había escrito el cuento para demostrar que un narrador podía ser omnisciente en primera persona, y lo irónico es que también demostró que la omnisciencia es siempre una convención, y por tanto una falsedad.

La obvia contradicción entre un Ser supremo omnipotente, que concede a los hombres el libre albedrío —en el cuento Soler convierte esto en una falacia—, pero se reserva el derecho a intervenir en sus vidas, inspirarlos o someterlos a pruebas, puede haber sido una de las razones para que el novelista, educado por los jesuitas en el colegio Dolores, haya abandonado la fe católica, algo que parece haber sucedido en su adolescencia, si se tiene en cuenta la recurrencia de este tópico en dos de sus obras.

En *El derrumbe*, Lorenzo Reyes de la Torre, quien ingresa al colegio Dolores por el deseo de la madre de que cuente con una educación religiosa, sufre una verdadera crisis al no poder evitar caer en el pecado de la masturbación. Incapaz de comprender por qué los curas amenazan desde el púlpito con castigos terribles al que incurra en él, pero señalan penitencias bastante sencillas cuando lo escuchan en confesión, termina por pedir a Dios que lo fulmine con un rayo si hay una recaída.

De ahí en adelante, mirando siempre al cielo, la angustia de las nubes, el terror a las tormentas... Los primeros truenos los sintió de noche, en la cama...

[...]

Aquella noche... Cientos de rayos, truenos que rompían los oídos... Y nada más, ningún castigo... Los curas se volvieron

farsantes, de repente; sus prédicas, mentiras... Dios no castigaba, era un embuste el infierno... Ahora él sabe que hay un infierno, un infierno en la tierra, en este mundo... Pero entonces había negado todo castigo de Dios, hasta llegó a pensar que no había Dios, aunque no por mucho tiempo.³

En *El pan dormido*, «los varones» son enviados a estudiar al colegio Dolores igualmente por la insistencia de Remedios en que debían tener principios religiosos; el mayor de ellos se percata de la hipocresía implícita en las confesiones, tal como en cierta forma le sucede a Lorenzo, precisamente a partir de la imposibilidad de expresarse con libertad acerca de los deseos sexuales. El delirio en torno a la creación de Dios provocado por la fiebre resulta equivalente, aunque mucho más elaborado y definitivo, a la terrorífica noche de tormenta en la que Lorenzo alcanza la revelación de que Dios, si existe, no se preocupa por los humanos.

Si bien en todas las novelas de Soler pueden encontrarse signos de su condición de ateo, y en muchas aparecen personajes con severos juicios contra los curas —o curas que provocan esos severos juicios—, lo cierto es que no puede hablarse de un anticlericalismo, por cuanto en muchos casos figuran también sacerdotes cuya actuación los hace merecedores de respeto y simpatía, comenzando por el curita de *Bertillón* 166.

A Soler, como a todo buen escritor, le interesaba profundizar en la sicología de los seres humanos, en los sistemas de valores que estos elaboraban para guiar su conducta, vale decir, su espiritualidad, y no se limitó a reflejar el influjo del catolicismo en tal sentido; desde su etapa de iniciación como cuentista, presentó muestras igualmente críticas —aunque menos impactantes que «El ciego»— de otras concepciones erradas o perniciosas, a su entender: «Cábala», publicado a inicios de 1958, muestra a un personaje que rige su vida por el azar, y «El amuleto», aparecido en 1960, pero escrito varios años antes, presenta en tono de comedia, el embaucamiento sufrido por un «creyente» —la trama evidencia que es más bien un pillo que un convencido— a manos de un «santero», a todas luces farsante.

El espiritismo cuenta también con una representación importante en la novelística soleriana. Cuando Lorenzo Reyes

³ Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 44-45.

de la Torre abandona la fe en Dios, termina entregándose a esa creencia y convirtiendo a Micaela Mascavidrio en su oráculo. Será Micaela quien le recomendará aceptar como socio a Camaleón, y lo guiará, de manera general, en su vida personal y profesional, con relativos aciertos. Aunque desde las páginas iniciales de la novela tiene el lector testimonio de la fiabilidad de sus predicciones.

– Micaela, pregúntale que cuándo se cae esto...

– ¿Esto?

– Sí, chica, esto, esta gente del gobierno...

Como si la estuviera viendo... Un largo chupón al tabaco, un hipo, los pisotones sobre los vidrios...

– El mes que viene.

– ¿Seguro?

– Lo que dice el ser...

Y no pasó nada.

– Este que viene.

Y tampoco... Como ya él no tenía fe, Micaela decía que era por eso...

– Y además, el tiempo de los muertos no es el tiempo de los vivos.⁴

Pero es en *El caserón* donde encontraremos el personaje de la espiritista mucho más desarrollado y con mayor incidencia en la trama. Doña Josefa se involucra en mayor grado en la vida de Yolanda, protagonista de la obra, pues no se trata – como en *El derrumbe* – de una cliente de su consulta, sino de una vecina inmediata que llega a transformarse en su oponente. La pretendida facultad de Yolanda de abandonar su cuerpo y asistir, invisible, a cualquier escena que le interese, posibilita la descripción de las consultas del capitán Reinoso, pero sobre todo el enfrentamiento que la muchacha le hace a Josefa cuando esta intenta convencerla de que atienda los requerimientos del militar. Hacia el final de la novela, cuando Yolanda trata de cambiar el curso de los acontecimientos sacando a Josefa del caserón, se estrellará contra la prueba a que la somete esta: un pulseo entre sus seres protectores.

⁴ *Ibíd.*, p. 16.

Yo no sabía lo que había que hacer.

—Usted primero, doña Josefa.

Se puso a mugir, a sacudirse, a mascar en seco, a resoplar. Yo sentía el sudor y la presión de sus manos en las mías. Así estuvimos un buen rato.

—Ahora tú —me dijo al fin doña Josefa.

No nos soltamos las manos, seguimos con ellas arriba, pero doña Josefa tuvo que bajar un poco las suyas porque dejé de empinarme. La fe en los muertos que yo había tenido al principio se me quitó de repente y volví a ser lo que he sido siempre: una descreída. Mi poder estaba en mi cerebro y puse toda mi voluntad en el pensamiento para conseguir que mi cerebro dejara salir esa fuerza que hace que mis sentidos se desprendan de mi cuerpo, que me hace ir a tu tiempo para hablar contigo. Miré con rabia a doña Josefa y me puse a pensar: «Vas a caerte, desgraciada; vas a revolcarte como una perra al parir; vas a caerte, bruja de porra; vas a caerte, condenada». Pero doña Josefa seguía allí, derecha y firme, tocándome con su barriga, sudando y respirando gordo, agarrada a mis manos, contraída, rígida.

—Ahora me toca a mí —dijo.

—Deje, doña Josefa. Usted gana.⁵

Más allá del carácter imaginario que tienen todas las secciones «narradas» por Yolanda, la novela transmite la influencia de la práctica del espiritismo y si, al igual que en *El derrumbe*, esta resulta desacreditada, es importante tener en cuenta que tanto Micaela como Josefa la asumen como un medio de vida, tal como el poco ortodoxo santero de «El amuleto», por tanto se trata más de un negocio que de una auténtica fe. Y esta aclaración es válida por cuanto la propia narrativa de Soler nos aporta el caso contrario.

En *Un mundo de cosas* se expone, no el vodú, sino el comportamiento de los creyentes. Aunque la novela presenta la influencia del catolicismo como religión oficial —para el capitán español que pretende arrestar a Pedro Infante resulta esencial que Rosa Fuentes sea una «hereje» y Matilde Infante una católica ferviente—, e incluso su temprano enfrentamiento con el

⁵ Ediciones Renacimiento, Santiago de Cuba, 1995, p. 101.

protestantismo cuando este hace su aparición impulsado por la ocupación norteamericana, lo cierto es que el ateísmo tanto de Rosa como de Nicanor y Roberto Recio disminuye el peso de esta religión en sus páginas, al ser sus memorias la fuente principal de los acontecimientos de la trama; en cambio, el asumir a Juan Mandinga como otro de los «narradores» de la novela, favorece la exposición de sus creencias, agudamente contrastadas por los criterios de Rosa y de Lorencito, quienes no por eso dejan de apreciar y admirar al supuesto descendiente de Ti Noel.

Los poderes del África son grandes, y eso los blancos no lo pueden entender, y mira que cogen fuetazos y leña, pero qué va, de nada vale; y yo te digo ahora que qué se iban a figurar los gallegos de la policía de entonces que al Renato aquel lo mataron los poderes, porque yo se lo pedí a mi bisabuelo, y él convocó a los grandes loas de los mandingas y tuvieron una reunión y en la reunión mi bisabuelo les explicó que ese Renato había hecho sufrir a muchos mandingas, y los loas mataron a Renato de un tiro que le tiraron desde el África, para ver si así los españoles comprendían, pero qué van a comprender los blancos, y no hicieron otra cosa que ponerse como locos buscándole explicación a una muerte tan extraña, y por eso se fuñeron, por testarudos, que los loas a nadie le niegan la luz, por muy cabrón que sea, pero los blancos no ven nada en su ceguera de misas y letanías, y hasta a mí me quisieron confundir, que los Infante me bautizaron y me llevaban a misa y me hicieron confesar y comulgar, para tupirme, y válgame mi mamá, que ella me enseñó a no decirle nunca a un cura lo que pensaba, y me descubrió que detrás de cada santo en el altar había un loa mandinga, y más le debo todavía a mi bisabuelo, que desde que yo era muy chiquito me hizo ver la luz y fue mi protector, y en la guerra no era yo el que gritaba al machete, sino mi bisabuelo el que daba la orden, y con la voz de mando aquella, la gente se encrespaba y qué iban a aguantar los españoles las cargas de nosotros, y por mi bisabuelo nunca me cogió una bala, y la guerra la acabé sin un rasguño, y mira que fueron muchas las batallas en que estuve, como cuarenta, y siempre supe que no me pasaría nada.⁶

⁶ Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1986, pp. 108-109.

El alto grado de simbolismo que rodea la figura de Juan Mandinga no es óbice para que este sirva como ejemplo de los mecanismos reales de la fe. Su pleno convencimiento de estar protegido por los loas multiplica su heroísmo y su efectividad como combatiente durante la guerra del 95, y cuando años más tarde tiene la prueba palpable de su vulnerabilidad humana, inmediatamente lo asocia a haber disgustado a los dioses con su desobediencia al no atacar Santiago de Cuba cuando estos le ordenaron hacerlo. En este personaje se da la curiosa dualidad —y es gran mérito de Soler haberlo conseguido— de encarnar a la vez el mito y la cotidianidad, pues si bien su vida alcanza más de ciento veinte años, marcada por la singularidad de todo cuanto le ocurre (tanto en bien como en mal), su conducta y proyección son las del típico santiaguero de la época: prejuicios, códigos éticos, virtudes y vicios corresponden a los del hombre común de su clase en aquellos tiempos. La manera en que Rosa y Lorencito se oponen, y hasta se burlan, de la fe ciega de Juan en los loas, no disminuye en nada el respeto y cariño que sienten por él.

Y es que quien haya leído la obra de Soler en su conjunto, percibe de inmediato que no se condena la fe, sino la manipulación de esta, como también advierte que la actitud del escritor ante las religiones es la del observador interesado, pero desde el punto de vista científico. La mejor explicitación del hecho aparece en *El nudo*:

Por ser materialista pienso como pienso. El pensamiento no se puede detener por miedo a sobrepasar los límites de la materia. La materia es infinita; la materia produce el pensamiento; la materia infinita produce el pensamiento infinito; pero además el pensamiento es libre. No es mineral ni vegetal ni de carne y hueso. En el pensamiento está la libertad, la absoluta libertad de la abstracción.⁷

Ramón Fajardo, personaje que enuncia así su concepción del mundo, es acusado de idealista, de espiritista incluso, porque intenta curar a sus enfermos a través de la fe, la fe en su curación, además de utilizar los recursos propios de la medicina. Como él, Soler era un convencido de que las capacidades humanas

⁷ Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 30-31.

son todavía un territorio con grandes áreas desconocidas y de que en esa absoluta libertad de abstracción que posee el pensamiento radicaba la fuerza creadora del hombre, una fuerza capaz de crear a Dios, no para reverenciarlo, sino para que fuese útil.

Apenas he querido apuntar aquí algunas ideas en torno al tema de la religión en la narrativa soleriana. Por su persistencia y coherencia resulta evidente la importancia que revestía para él. Es otro de los caminos poco explorados en la obra de este autor, cuyo centenario conmemoramos descubriendo lo mucho que nos falta por estudiar en él.



Vista del Castillo San Pedro de la Roca